

MEYER, Conrad Ferdinand: *El amuleto*. Ediciones del Bronce: Barcelona 1998. Traducción y notas de Isabel Hernández.

*El amuleto* es la primera novela corta del escritor suizo Conrad Ferdinand Meyer (1825-1898), resultado de un largo proceso de gestación, paralelamente al cual va cristalizando el talento narrativo del autor. Ciertamente, la obra había sido precedida por el ciclo poético *Huttens letzte Tage* (1871) y por la epopeya en verso *Engelberg* (1872), formas ambas de las que no están ausentes los elementos narrativos. Con todo, las ideas iniciales sobre esta *Novelle* se remiten a la primera mitad de los años sesenta, aunque hasta 1869 no queda establecido el plan definitivo de la obra, que Meyer comienza a dictar en el invierno de 1872-1873. En los años siguientes, Meyer se constituirá en el principal exponente de la narrativa histórica en lengua alemana del periodo del realismo burgués, con una serie de novelas y narraciones cuyas constantes temáticas y estructurales aparecen ya diseñadas en *El amuleto*.

Así como en su obra lírica Meyer lleva a cabo un incansable ejercicio de trasposición mediante el símbolo objetivo, en la narrativa son los grandes acontecimientos históricos los que permiten describir el carácter contradictorio de las apariencias del mundo, de tal manera que la experiencia subjetiva de dicha contradictoriedad quede oculta bajo la supuesta objetividad de los hechos contrastables del pasado. El trasfondo histórico de *El amuleto* lo constituyen los enfrentamientos religiosos que tuvieron lugar en Francia en el siglo XVI, especialmente la persecución contra los hugonotes que culminó en las matanzas de la noche de San Bartolomé de 1572, un tema que ocupará a Meyer durante toda su vida y que tratará también en conocidos poemas como *Der Hugenott* y *Die Füsse im Feuer*.

Hans Schadau, un suizo alemán protestante, narra de manera retrospectiva un importante episodio de su juventud: su encuentro y amistad con el suizo católico Wilhelm Boccard. Éste salva la vida de su amigo protestante por medio de una medalla de la Virgen, que sin embargo no impide que el propio Boccard, tras actuar nuevamente en defensa de la vida de Schadau, muera al recibir un disparo destinado a este último.

La tendencia, característica de toda la narrativa de Meyer, a mantener una actitud objetiva e imparcial se hace patente ya en esta obra primeriza. El narrador Schadau se limita a una crónica de los hechos y éstos, a su vez, cuestionan de modo no expreso la defensa a ultranza de la propia confesión religiosa como única verdad admisible que llevan a cabo los dos amigos, condenando así implícitamente cualquier actitud de intolerancia religiosa y de ejercicio de la violencia en nombre de Dios. Por lo que respecta al episodio que da título a la narración, el amuleto demuestra su capacidad de salvación respecto a Schadau de manera ambigua, en tanto que también es un objeto metálico con el que tropieza la punta de una espada, mientras que resulta inoperante para salvar a quien sí cree en esa fuerza sobrenatural. Por la parte protestante, la teoría de la predestinación que Schadau defiende con tanto ardor queda reducida al absurdo por el desarrollo mismo de la novela. A su vez, la crudeza de los hechos históricos narrados, la violencia de la matanza, la incapacidad y falta de ética de los gobernantes que la instigan son suficientes en su facticidad para constituirse en condena, si bien también en este caso se rehuye la unilateralidad del juicio: el protestante Chatillon recuerda con amargura la muerte en la hoguera del español Servet, condenado por los mismos calvinistas de los que se había declarado seguidor.

Esta exactitud de los datos históricos, basada en un amplio estudio de las fuentes por parte de Meyer, contribuye a su vez no sólo a la objetividad del relato, sino también a establecer la distancia respecto a lo narrado, una característica del narrador Meyer, que utiliza para ello diversos procedimientos. También en este último aspecto, *El amuleto* puede servir de ejemplo paradigmático de la técnica narrativa de Meyer. Así, junto a los hechos que se sitúan en torno a la tristemente célebre noche de San Bartolomé, el marco narrativo desde el que Schadau rememora aquellos acontecimientos aparece perfectamente datado (el 14 de marzo de 1611), resaltando una distancia con respecto al lector contemporáneo que todavía recibe un mayor refuerzo con la nota del autor que precede al relato mismo. Ya no se trata sólo del paso del tiempo que se manifiesta en fechas lejanas, sino que ese tiempo se materializa y se hace perceptible sensorialmente en las «viejas hojas amarillentas», mientras que el cambio implícito en la temporalidad se muestra condensado en esa lengua del pasado, tan desconocida y extraña en el presente que requiere una «traducción» para su inteligibilidad.

Este distanciamiento estructural corre parejo al distanciamiento que el propio narrador muestra con respecto a lo narrado. Gracias a un hecho fortuito despierta en él el recuerdo de unos acontecimientos de enorme trascendencia en su vida, pero que sin embargo parecen haber quedado sumergidos en la memoria durante los años transcurridos, siendo ahora cuando afloran a la superficie, liberándose de la represión anterior, y exigen ser narrados con una moderna función terapéutica, para «aliviar» el ánimo del narrador.

Gracias a la excelente traducción de Isabel Hernández los lectores de lengua hispana pueden conocer esta novela corta de Meyer, y con ella tener acceso a los rasgos fundamentales de una obra narrativa prácticamente desconocida en España. Las notas, acertadas e informativas, permiten situar los acontecimientos narrados en su contexto histórico y captar de este modo su pleno significado.

**Ana Pérez López**